

Para rescatar la esperanza

*Juan Antonio Blanco*¹

Hace cuatro años escuché a Paul Hawken comenzar una conferencia con la afirmación de que el principal déficit que confrontaban EE.UU y el mundo en aquel momento, era el de la esperanza. Me impresionó profundamente la exactitud de aquella afirmación. En el día de hoy, sin embargo, me siento alentado a afirmar que esta conferencia ha contribuido a equilibrar la balanza un tanto de modo positivo. Por supuesto, en los últimos 4 días nada ha cambiado en la realidad mundial que circunda las paredes de este Hotel. Pero aquí adentro, sin embargo, se desataron dos fuerzas poderosas cuya aparición precede todo auténtico cambio y sin las cuales la esperanza no resulta posible. Me refiero a la sabiduría y la imaginación que han presidido nuestro diálogo. El déficit de esperanza al que aludía Paul tiene su raíz en los déficits de imaginación y sabiduría que también sufrimos.

Desearía dedicar a este asunto cuatro breves comentarios personales antes de que cerremos nuestra conferencia.

El primero es que vivimos un peligroso desfase entre conocimiento y sabiduría. Hemos acumulado una masa crítica de conocimientos, expresados en nuestra creciente información y habilidades tecnológicas, pero no hemos incrementado nuestra sabiduría sobre el modo en que deberíamos valernos de ellos con un sentido ético y prudente. Según el Diccionario de La Lengua Española, el término "conocimiento" expresa la acción y efecto de conocer, o sea, de apropiarse de información sobre algo y usarla de modo inteligente. El mismo diccionario define la "sabiduría" como la expresión de una conducta prudente, basada en el discernimiento entre el bien y el mal. Emplear una información de modo "inteligente" no equivale a hacer un adecuado uso ético de ese conocimiento.

Sin pensamiento ético, sin discernimiento entre el bien y el mal, no podemos comportarnos de modo prudente con los nuevos poderes divinos que hemos adquirido por vía del conocimiento tecnológico. No podemos hacer un uso sabio de nuestras capacidades. La ciencia sin sabiduría nos hace comportarnos hoy como auténticos salvajes de una jungla tecnológica posmoderna. Sin sabiduría, la ciencia pierde su connotación "progresista" al ser empleada sin discernimiento ético.

A mi juicio, el problema de la humanidad en el umbral del Tercer Milenio no es el de oponerse al desarrollo científico y tecnológico como suponen algunos ecologistas; sino el de asegurarse una nueva sabiduría para emplearlos de modo inteligente y ético.

Pero hoy tenemos un grave déficit de sabiduría a la hora de enfrentar este reto. En parte ello se debe a que necesitamos de una nueva sabiduría, de un nuevo pensamiento ético.

La ética tradicional se había venido ocupando exclusivamente de las relaciones entre miembros de nuestra especie. Su análisis se enmarca en la responsabilidad social que teníamos con respecto a nuestros semejantes. Pero nuestra capacidad tecnológica actual nos obliga a asumir nuevas responsabilidades. Hoy no sólo somos responsables de nuestro futuro sino también del futuro del resto de las especies que cohabitan el planeta junto a nosotros.

La biótica, que incluye la responsabilidad social y económica, viene abriéndose espacio para responder a la necesidad imperiosa de enmarcar nuestros conocimientos en una nueva sabiduría que asegure su empleo de manera genuinamente progresista.

Un segundo comentario que desearía hacer es que una nueva sabiduría reclama también una nueva perspectiva de la historia. Una nueva comprensión del distinto significado de los conceptos de civilización y cultura.

La civilización industrial quedó organizada a lo largo del siglo XX en dos grandes culturas: el capitalismo y el socialismo de Estado. Al igual que Esparta y Atenas representaron culturas distintas y antagónicas del mundo antiguo que sin embargo compartían por igual los axiomas de la civilización agrícola, EE.UU y la URSS -capitalismo y socialismo de Estado- se enfrentaron en el siglo XX sin dejar por ello de compartir los axiomas de la civilización industrial. La crisis más profunda que hoy vive la historia humana no es la del socialismo o la del capitalismo, sino la de los axiomas civilizatorios sobre las que ambas culturas fueron construidas a lo largo de la historia moderna.

El mundo todo, la humanidad en su conjunto, vive hoy una transición. *No vivimos una época de cambios; vivimos un cambio de época.* Estamos transitando hacia una nueva civilización tecnológica y hay quienes pretenden asumirla desde las ideas y el imaginario obsoleto del mundo que conocimos hasta el presente.

La biblia nos recuerda que "el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar". De lo contrario el vino rompe los odres y se derrama. Hay quienes pretenden ahora verter nuestra nueva realidad tecnológica en los viejos odres de un paisaje institucional que ya no puede contenerla sin quebrarse. Pretenden transitar a una nueva civilización tecnológica aferrados a las cada vez más obsoletas instituciones e ideas con que las dos culturas -capitalismo y socialismo de Estado- buscaron la felicidad humana, con mayor o menor éxito, en los últimos dos siglos de civilización industrial.

A mi juicio eso no es posible. El júbilo por la desaparición del totalitarismo burocrático en el

Este de Europa sería mejor empleado si renováramos, ahora juntos, la resistencia al totalitarismo del mercado a escala planetaria. La maximalización de ganancias no puede ser el principio organizativo de las culturas de la nueva civilización cibernética, del mismo modo que la regimentación totalitaria de las ideas y el pensamiento no puede tampoco ser el pilar organizativo de una cultura compatible con esta nueva civilización tecnológica.

El peligro que ahora acecha a la humanidad no es la de la globalización tecnológica, sino el de la transnacionalización totalitaria del capitalismo financiero bajo el principio de maximalizar ganancias transfiriendo los costos al medio ambiente y a los seres humanos.

Necesitamos pensar, imaginar, nuevas formas de organización, nuevas culturas para la nueva civilización hacia la que ya transitamos. La revolución más urgente en el umbral del Tercer Milenio es la de nuestro pensamiento.

Esta reflexión me conduce a mi *tercer comentario*: nuestro déficit de imaginación.

La imaginación implica explorar con la mente visiones alternativas a la realidad que hoy vivimos. Imaginar es desafiar los muros subjetivos que separan nuestros ideales, supuestamente imposibles, de la insatisfactoria y peligrosa realidad que se nos presenta como el único mundo posible por aquéllos que detentan el poder en el presente *status quo*.

La política no puede seguir siendo el arte de lo posible cuando se pretende declarar imposibles los ideales de libertad, igualdad y fraternidad que constituyeron la gran promesa de la modernidad. Si la conjugación de la libertad, la solidaridad humana y la responsabilidad ecológica se declaran ideales imposibles, entonces debemos exigir que la política sea el arte de lo imposible. Sólo intentando lo imposible es que podremos llegar a conocer los límites últimos y reales de lo posible.

Exigir lo imposible, sería, en ese caso, el único modo de ser leales con nuestra condición humana, que es la primera y suprema lealtad a la que estamos obligados en cualquier sociedad y circunstancia.

Hoy vivimos en sociedades del tipo “yo gano, tú pierdes” que necesitamos transformar en culturas del tipo “yo gano, tu ganas también”.

Lograr ese objetivo supone un ejercicio de libre imaginación. Necesitamos imaginar un rediseño de las relaciones entre el Estado, el mercado y la sociedad civil. Necesitamos, un nuevo paisaje institucional que permita ejercitar el derecho a la búsqueda y alcance de la felicidad individual —consagrado universalmente desde la Declaración de Independencia de las 13 colonias británicas de Norteamérica— sin que ello provoque la infelicidad ajena.

En la década del 60 se acostumbraba a decir que la imaginación debía acceder al poder; hoy sabemos que el deber primero de la imaginación no es tomar el poder sino redefinirlo. A menos que el poder deje de ser conceptualizado como palanca de dominación y pase a ser entendido como potencial para servir al prójimo, de nada vale acceder a él. La historia del siglo XX evidenció ese punto de modo dramático.

Sin libertad de pensamiento no es posible, en ninguna sociedad, que florezca la imaginación, sin imaginación no se podrá conciliar la libertad con la equidad y sin equidad no habrá futuro para nadie.

Pero la imaginación requiere ciertas condiciones para poder florecer. A mi juicio, se equivocan los que suponen que la regimentación y supresión del libre flujo de ideas es un fenómeno que sólo puede ocurrir en regímenes de totalitarismo burocrático. El mercado también es capaz de generar una atmósfera cultural represiva hacia toda escuela de pensamiento que cuestione el status quo “Si CNN no habla de un hecho es probable que nunca ocurrió. Si la noticia no cupo en

el New York Times no debe ser relevante. Si el *browser* no localiza fácilmente la página web es que no merita revisarse”. Ya hay voces que se vienen alzando, como la de Le Monde Diplomatique para denunciar la subliminal imposición planetaria de un pensamiento unidimensional de resignada desmovilización, mientras se margina todo criterio alternativo.

Mi *cuarto y último comentario* está referido a la comprensión y necesidad del diálogo en todas las escalas: familiar, comunitaria, nacional e internacional.

¿Qué es el diálogo?

El diálogo es un escalón superior de comunicación humana respecto al debate y a la negociación.

En el debate se enfrentan posiciones definidas, fijas y a menudo intransigentes, que creen monopolizar lo que suponen representa la única verdad posible. Cuando del debate se pasa a la negociación —cosa que no siempre ocurre— lo que acostumbra emerger como acuerdo no es el resultado de una revalorización por cada parte de sus creencias, sino la expresión de una ecuación de poner en el que el lado fuerte logró imponer, en mayor o menor medida, sus criterios sobre aquéllos de su oponente.

Ocurre con frecuencia que las negociaciones no llegan a feliz término que, incluso, se rompe el debate dada la intolerancia de las partes a considerar la posibilidad de que los argumentos contrarios puedan contener algo de razón.

El mundo occidental parece asombrarse de los niveles de intolerancia y fundamentalismo de los talibanes en Afganistán. Pero lo cierto es que todos en mayor o menor medida llevamos un talibán dentro. No sólo hay talibanes islámicos; también los hay en la Escuela Económica de Chicago, en el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, en Washington y Europa, o en Pekín y La Habana. Ninguna socie-

dad moderna del Norte o el Sur, del Este o el Oeste ha podido evitar su presencia.

La intolerancia de nuestras actitudes, creencias y conductas tiene su raíz en la concepción moderna de la ciencia. La modernidad cuestionó las verdades de la tecnología pero las sustituyó por nuevas verdades no menos rígidas e intolerantes. La ciencia vino a ocupar el sitio de las antiguas religiones en su pretensión de monopolizar la verdad y permitir el control de todos y cada uno de los procesos naturales y sociales.

Dialogar, por otra parte, significa ser capaz de explorar sin prejuicios la validez de verdades alternativas a las que profesamos en un momento dado. Implica abrirse a la posibilidad de reformular nuestras propias creencias cuando encontramos elementos de valor en criterios ajenos. Dialogar es trascender —cuando ello se hace necesario— la verdad propia no para “cambiar de bando”, sino para construir una nueva verdad. La democracia rousseauiana, en que las minorías deberían someterse al criterio coyuntural del contrato social forjado por la mayoría, va cediendo hoy espacio a un nuevo concepto de democracia participativa y dialógica en que se respeta el espacio de las minorías y su identidad.

Pero si bien la imaginación no puede florecer en sociedades en que se ha cercenando la libertad del libre pensamiento, el diálogo tampoco puede prosperar en sociedades signadas por la hostilidad y la perpetua amenaza a su bienestar y seguridad.

Nuestra reunión —y esto es lo más alentador de estos días— fue un genuino diálogo —abierto, transparente, flexible— entre personas del más diverso espectro de procedencias y creencias. En estos cinco días demostramos que la democracia dialógica funciona eficazmente cuando existe la mínima confianza y respeto mutuos para buscar la unidad desde la diversidad. Ese nivel democrático de comunicación, entendimiento y cooperación es también componente indispensable de una sociedad sostenible y de una comunidad internacional sostenible.

Permítaseme una coda a estos comentarios. Vivimos una época de incertidumbre. Lo único cierto a fines de este milenio es la incertidumbre misma.

Después de varios siglos de supuestas certezas —desde la derecha o desde la izquierda— sobre el porvenir, ahora el futuro se nos presenta como una interrogante. No hay un futuro asegurado —bueno o malo— que nos aguarde por voluntad divina o leyes históricas. Hay, sin embargo, más de un futuro posible —bueno y malo— que puede sobrevivir según actuemos hoy.

Nos acostumbramos a abrazar ideas que nos aseguraban la victoria de nuestra causa al final del camino. Hoy sabemos que el camino mismo puede verse cerrado si una catástrofe ecológica pone fin a nuestra corta aventura como especie en este planeta.

Las convicciones hoy, más que políticas, tienen que emanar de la ética. El asunto no es si podemos ganar o perder, como lo veíamos antes, sino que no existe ninguna alternativa decente a la de comprometernos en la lucha por garantizar un mejor futuro a las generaciones venideras.

Esta no ha sido una reunión de políticos sino de personas decentes de todas las latitudes geográficas. Y la decencia es la fuerza que puede devolver a la política mundial el sentido ético del que hoy carece.

Por eso estoy convencido de que en estos cinco días hemos hecho una importante contribución a la recuperación de la esperanza.

NOTA

¹Juan Antonio Blanco es director del Centro Félix Varela de Cuba. Este artículo es una ponencia presentada por él en la conferencia internacional “Ética y cultura del desarrollo: construyendo una economía sostenible”, realizada en La Habana, Cuba, Del 31 de mayo al 5 de junio de 1998.

**Director Ejecutivo de FUNDE
nominado *Economista del
Año por COLPROCE***



El Dr. **Roberto Rubio Fabián**, Director Ejecutivo de FUNDE fue nominado "Economista del año 1998", con base en su historia y méritos profesionales.

La dirección y el personal de FUNDE nos unimos a este merecido reconocimiento; felicitamos a Roberto y lo alentamos a continuar su desarrollo profesional poniéndolo, como lo ha hecho hasta ahora, al servicio de los sectores más desposeídos y del país en su conjunto.



Alternativas para el desarrollo es una colección de monografías propositivas sobre temas de interés para el desarrollo económico-social de El Salvador y la región centroamericana, publicada por la Fundación Nacional para el Desarrollo (FUNDE), como parte de su labor educativa orientada hacia las y los protagonistas del desarrollo económico y social del país. Agradecemos la cooperación de HIVOS para la realización de esta publicación.

Dirección: Apdo. Postal 1774,
Centro de Gobierno, San Salvador,
El Salvador. Tel/fax: 263-4537.
Correo electrónico: funde@es.com.sv
funde@eje.com

FUNDE

Apdo. Postal 1774
Centro de Gobierno
San Salvador, El Salvador.